



Cadernos de História da Educação, v.24, p.1-6, e2025-05, 2025
ISSN: 1982-7806 (on-line)

<https://doi.org/10.14393/che-v24-e2025-05>

RESENHAS

Manifestación del género femenino en la Historia de Chile

Manifestação do gênero feminino na História do Chile

Manifestation of the female gender in Chilean History

Jaime Caiceo Escudero
Universidad de Santiago de Chile (Chile)
<https://orcid.org/0000-0002-2808-140X>
jcaiceo@hotmail.com



HUIDOBRO-SALAZAR, María Gabriela.
Mujeres en la historia de Chile. Madrid:
Editorial Taurus, 2024.

Recebido: 03/01/2025
Aprovado: 18/03/2025

La autora, una Doctora en Historia que se ha especializado en la historia antigua, especialmente griega, nos señala a los lectores al iniciar este texto que “(...) la tarea por sacar a la luz e imprimir en nuestra memoria popular un reconocimiento y recuerdo de la mujeres que participaron de los acontecimientos del pasado sigue siendo un desafío pendiente” (p. 11) y agrega que “(...) es la ausencia historiográfica, más que la ausencia histórica, la que muchas veces nos ha llevado a pensar en las mujeres del pasado como sujetos pasivos, silenciadas, anónimas, inmóviles” (p. 16); esto queda reflejado en la mujer de la tapa del libro. Plantea que a partir del libro *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir (1949) se produjo un cambio epistemológico en occidente y significó que surgiera el enfoque de género; ello ha significado una gran cantidad de estudios y publicaciones en esa línea, tanto en Europa, Estados Unidos y Chile.

El texto está dividido en 9 capítulos que abarcan el rol de las mujeres en los diversos períodos históricos. En el primero titulado “Conquistadoras en Chile” destaca en 5 subcapítulos: Españolas en el nuevo mundo, el siglo XVI; Inés de Suárez, la española más famosa de la conquista; paladinas de Concepción, Beatriz de Salazar y Mencía de los Nidos; Bellatrices en defensa del sur y Catalina de Erauso o la Monja Alférez, vestir y actuar como hombre. Sin duda la más importante es la primera, quien arribó con el conquistador Pedro de Valdivia en 1540; ella nació en Placencia, provincia de Cáceres, España (1507) y contrajo matrimonio con Juan de Málaga (1526), quien viajó a América en busca de un mejor futuro; Inés Suárez viajó en su búsqueda y al llegar al Cuzco supo de la muerte de su marido; entonces se puso al servicio de Valdivia con quien viajó a conquistar Chile; “(...) ella ejerció labores de cuidado y asistencia, preparando alimentos, tratando a los heridos y manteniendo el espíritu religioso” (p. 39). Cuando el toqui Michimalonco atacó la ciudad de Santiago, Inés mostró su gallardía y tomó la espada y fue una importante guerrera en la defensa. Pasó a ser la compañera de Valdivia y existían murmuraciones al respecto por la condición extramarital de la misma, puesto que el conquistador era casado en España con Marina Ortiz de Gaete; ella vino a encontrarse con su marido, pero llegó cuando ya había muerto. Sin embargo, la situación del poder que Inés Suárez adquirió fue muy conflictivo, pues repartía las tierras conquistadas a sus amigos, maltrataba a los soldados, tenía espías, tomaba decisiones como si fuera el gobernador, etc., lo cual llevó a Valdivia a tener que viajar al Virreinato para aclarar tales acusaciones ante un tribunal. Al regresar, el conquistador le busca un marido a Inés y fue así como contrajo matrimonio con el capitán Rodrigo de Quiroga, quien llegó a ser gobernador de Chile; no tuvieron hijos. Para la autora del libro, Inés Suárez “(...) fue una mujer que lidió con las prerrogativas sociales de su tiempo y con las particulares circunstancias de la conquista de Chile, de una sociedad en conflicto y en formación. Forjó un destino personal y excepcional que, sin dudas, le ha permitido trascender en la memoria histórica, no solo por haber acompañado a otros, sino por el mérito de sus propias acciones” (p. 51).

“Heroínas de la guerra de Arauco” es el segundo capítulo del texto en el cual se abordan en 3 subcapítulos: Mujeres en la sociedad mapuche; las araucanas de *La Araucana* y, Janequeo, la amazona mapuche. Respecto a lo primero queda claro que “(...) la política y la guerra eran actividades masculinas, mientras que las labores domésticas y el trabajo de la tierra constituían quehaceres domésticos” (p. 96). Guacolda, esposa del cacique Lautaro; Tegalda, esposa de Crepino; Fresia, esposa del toqui Caupolicán, entre otras, son las araucanas mencionadas; los tres hombres mueren: los dos primeros en batalla y el tercero en empalamiento; Ercilla narra una serie de poemas épicos destinados a estas mujeres quienes sufrieron y lloraron por la muerte de sus esposos. Janequeo, en cambio, fue una guerrera que enfrentó a los españoles cuando mataron a su esposo.

En el tercer capítulo se aborda a las “Mujeres en el mundo colonial” en 5 subcapítulos: Una colonia dinámica y diversa; María de Encio y Catalina de los Ríos, mujeres de élite o nobles y villanas; mujeres del mundo popular; mujeres esclavas, dinámicas de un mundo invisibilizado y, De las Isabelas a Úrsula Suárez, ser religiosa en el mundo colonial. La más destacada es Catalina de los Ríos, conocida como la Quintrala, quien envenenó a su padre y “(...) otros crímenes a lo largo de los años en que ejerció como terrateniente, afectaron a esclavos, mujeres, niños, ancianos, trabajadores y religiosos que habitaban o desempeñaban en sus propiedades” (p. 145). Pero las mujeres de élite estaban constituidas por un pequeño grupo, pues la mayoría debía ayudar o ser el único sostén de su núcleo familiar; ello “(...) no se restringía a mujeres de un solo origen, sino que podían encontrarse, entre ellas, a criollas, españolas, mestizas, mulatas, negras e indígenas” (p. 151). También hubo esclavas en este período, las cuales “(...) cumplieron roles de servicio doméstico, como cocineras, lavanderas e, incluso, como concubinas” (p. 163). Hubo religiosas en este tiempo que vivían en conventos dedicadas a la oración y la penitencia; hubo varios en diversas ciudades como La Serena, Valparaíso, Concepción y Santiago; entre ellas cabe destacar a sor Constanza, monja de origen mapuche, quien, asesorada por el P. Luis de Valdivia, aprendió “(...) a leer y escribir sin necesidad de otro maestro” (p. 173) como también a sor Úrsula Suárez, quien “(...) llevaba un diario confesional” (p. 175), que lo hizo por 24 años y en el cual “(...) da cuenta, por una parte, del bagaje cultural, de la espiritualidad de la autora (...) y de su formación intelectual, pero por otro lado, es un rico testimonio sobre la vida privada colonial y la vida conventual de las religiosas, con sus luces, sombras y sorpresas” (Idem).

“Mujeres por la Independencia de Chile” es tratado en el cuarto capítulo. El tema es abordado en 3 subcapítulos: Una época de transiciones; Javiera Carrera, más allá de la bandera y, patriotas y sarracenas, redes femeninas en un mundo político y militar. Con el inicio de la independencia en el siglo XIX, realizada por puros hombres, según la historia, hubo, sin embargo, “(...) consideraciones sociales sobre las mujeres y los arquetipos femeninos, que, poco a poco a lo largo de este siglo, debieron negociar entre la tradición, los nuevos tiempos y las aspiraciones de modernidad” (p. 184). Pero, sin lugar a duda, Javiera Carrera, hermana de José Miguel, primer director supremo (1811-1814), es la más destacada “(...) considerando que, en su tiempo, no se esperaba que las mujeres participaran de procesos de definición militar y política y que, por lo tanto, no se enfrentó solo a los problemas y tensiones propios de la lucha independentista, sino a aquellos conflictos derivados de su condición femenina” (p. 194). Era la mayor de cuatro hermanos de una familia aristocrática y sus tres hermanos hombres fueron fusilados en Mendoza y ella enviudó en dos ocasiones y tuvo 7 hijos: 2 del primer matrimonio con Manuel José de la Lastra y Sotta (Manuel y Dolores) y 5 del segundo matrimonio con Pedro Díaz de Valdés (Pío, Domitila, Santos, Ignacio y Pedro).

En el quinto capítulo se aborda “Mujeres de armas tomar, participación femenina en las guerras de Chile”; se expone en 3 subcapítulos: Mujeres en defensa de la nueva nación; Candelaria Pérez, entre glorias y olvido y, mujeres en la guerra del Pacífico, más que cantineras. En los tres conflictos armados que tuvo el país con potencias extranjeras no solo participaron hombres, sino que “(...) desde roles más difusos e invisibles para la memoria histórica, ellas, de todas formas, estuvieron ahí y contribuyeron en diversos roles a la cauda de su patria, incluso más cerca de los frentes de batalla de lo que podríamos comúnmente imaginar. No solo porque, en algunos casos, tomaron las armas, sino porque los combates no se resuelven solo en el frente más inmediato, sino también a través de labores de apoyo, asistencia y aprovisionamiento directo” (pp. 234-235). Así, por ejemplo, Candelaria Pérez, oriunda de la Chimba en Santiago abrió una cocinería en el Callao en donde acudían compatriotas a compartir; sin embargo, explotó el conflicto de Chile con la Confederación Perú-boliviana en 1836 y su fuente de trabajo fue destruida por los peruanos; entonces se enroló como informante en la Armada chilena, fue detenida; luego, al salir, sirvió al ejército chileno que ya se había tomado Lima en 1838; sirvió

como cantinera y enfermera en el batallón Carampangue. Por su parte, en la guerra del Pacífico (1879-1884) hubo varias mujeres que se enrolaron para participar en el frente de batalla; entre ellas Filomena Valenzuela y Carmen Vilches, ambas naturales de Copiapó.

En el sexto capítulo se expone “¿Vocación de Género? Educadoras, debates y espacios educativos femeninos en el siglo XIX”, el cual se explica en 6 subcapítulos: Hora de aspirar a nuevos sueños; señoritas al colegio, Fanny Delauneux, Madame Versin y las hermanas Cabezón; religiosas y preceptoras al servicio de la educación; a todo puede elevarse vuestra inteligencia, el proyecto de Mercedes Marín; vocación pedagógica popular, Antonia Chacón y Rosario Vargas y, liceos de vocación académica, Isabel Le Brun y Antonia Tarragó. Avanzaba la república se tomó conciencia que las mujeres debían educarse y “(...) el eje de la discusión giraba, sobre todo, en torno a los derechos y capacidades de las mujeres para educarse. Si en algún momento aspirarían a participar en la política, debían estar preparadas para eso y, hasta entonces, no lo estaban” (p. 262). Por ello, las clases más adineradas quisieron educar a sus hijas y se logró gracias a familias extranjeras que llegaron al país a partir de 1828 y abrieron colegios para señoritas, entre ellos el de Fanny Delauneux, Juana de Versin y las hermanas Cabezón, las cuales trabaron amistad con Javiera Carrera en Buenos Aires; estos establecimientos tuvieron bastantes alumnas. En el país no había profesoras preparadas, por lo cual hubo que considerar la presencia de extranjeras, especialmente de procedencia francesa, como ya se ha indicado en líneas anteriores; algo similar ocurrió con las congregaciones religiosas que llegaron para educar a las niñas pobres en escuelas gratuitas e internado para señoritas de élite. Las religiosas de los Sagrados Corazones de Jesús y María fueron las primeras en arribar a Valparaíso en 1837; eran 12, cuya superiora era Cléonisse Cormier; en 1841 repitieron la experiencia en Santiago; ellas “(...) recibían niñas desde los cuatro años y su plan ofrecía lecciones de religión, moral, urbanidad, lectura, escritura, aritmética, gramática castellana, francés, geografía, bordado y costura” (p. 280). Las religiosas del Sagrado Corazón fue la siguiente congregación que arribó a Chile en 1852 a cargo de la Hna. Anna du Rousier; en 1854 por encargo del gobierno de Manuel Montt fundan la primera Escuela de Preceptoras, a fin de formar profesoras para las escuelas chilenas. Estas instituciones religiosas llegaron al país gracias a las gestiones de los obispos Manuel Vicuña y Valentín Valdivieso. Es importante destacar que en Chile comenzaron a surgir intelectuales nacionales, entre las cuales puede mencionarse a la poeta Mercedes Marín. “En 1849, el presidente Manuel Bulnes instauró un Premio de Educación Popular para destacar a los mejores profesores, y ese reconocimiento lo podían recibir hombres o mujeres de manera indistinta” (p. 298); en 1861 logró este premio la profesora Rosario Vargas. A su vez, es necesario subrayar que se exigía para ingresar a la Universidad de Chile bachillerato que, por supuesto era solo para hombres; sin embargo hubo mujeres destacadas como Antonia Tarragó e Isabel Le Brun que fundaron liceos femeninos de exigencia para preparar a sus estudiantes para cursar satisfactoriamente el mencionado requisito a partir de 1872; no obstante solo se pudo concretar en 1877 gracias al decreto N° 547 que firmó el ministro Amunátegui para que pudieran ser admitidas mujeres para rendir tales exámenes y poder ingresar a la universidad; en 1881 ingresaron las primeras mujeres y Eloísa Díaz es una de ellas que estudió medicina.

“Intelectualidad, ciencia y opinión pública femenina” se presenta en el séptimo capítulo desarrollado en 4 subcapítulos: Los salones literarios y el fomento a la cultura, Carmen Arriagada y Enriqueta Pinto; de mujeres para mujeres, Martina Barros, Rosario Orrego y Lucrecia Undurraga; mujeres a la universidad, Eloísa Díaz Insunza y Ernestina Pérez Barahona y, no todo fue medicina, pioneras en nuevas carreras. Hubo mujeres que participaban en espacios privados de intercambio cultural, ello significó que “(...) la educación no constituyó solo un triunfo valioso en sí mismo, sino que una plataforma necesaria para conquistar nuevos espacios: laboral, profesional, pública, política” (p. 321). Además de las primeras egresadas de medicina, como Eloísa Díaz y Ernestina Pérez, hubo 4

egresadas de la carrera de dentista en 1877 (Paulina Starr, Amalia Venegas, Matilde Riveros y Eulogia Guzmán); María Griselda Hinojosa egresó de la escuela de Farmacia; Justicia Acuña egresó de ingeniería y fue contratada por Ferrocarriles del Estado; Matilde Throup, nacida en Angol, fue la primera mujer que estudió leyes, entre otras.

En el octavo capítulo “Proletarias, mundo femenino popular en el cambio de siglo” se formula en 3 subcapítulos: De trabajadoras a obreras; obreras y sindicatos, de Juana Roldán Escobar a Teresa Flores y, Eulogia Aravena, Carmela Jeria y Esther Valdés, prensa feminista obrera popular. “Las trayectorias de las primeras mujeres universitarias reflejan cómo la educación se constituyó en una de las vías más potentes de emancipación femenina y en la instancia de validación por excelencia de las capacidades intelectuales y profesionales con las que podían aportar a la sociedad desde nuevas perspectivas” (p. 401). Esto significó que, en 1907, “(...) se calculaba que una tercera parte de la población económicamente activa había llegado a ser femenina (...) no obstante su salario no alcanzaba a ser ni la mitad del que percibía un obrero” (pp. 408-409). Para enfrentar la desigualdad anterior, hubo mujeres que se transformaron en “(...) dirigentes y fundadoras de organizaciones sociales de trabajadoras” (p. 417), entre ellas Juana Roldán y Teresa Flores, quien llegó a ser dirigente del partido comunista. A su vez, Eulogia Aravena en la imprenta de su marido publicó *La Aurora Feminista* en Rancagua; Carmela Jeria iniciaba en Valparaíso un periódico titulado *La Alborada* y Ester Valdés *La Palanca*; ellas eran obreras y defendían los derechos de las mujeres.

“Ser mujeres del siglo XX: las primeras décadas” se presenta en el noveno y último capítulo en 5 subcapítulos: Intelectuales y feminismos en diálogo y disputa; asumir o construir identidad, Teresa Wilms Montt; el círculo de lectura y el club de señoras, un mundo femenino ¿feminista?; tomar la posta y organizar las luchas, Elena Caffarena Morice y el Memch, y Gabriela Mistral, mujer sin pañuelo. El siglo XX ha sido “(...) el siglo que presenció la irrupción femenina en los ámbitos público y político, tras un largo proceso de decantación que comenzó décadas atrás. Y eso fue posible en la medida en que sus identidades y roles tradicionales pudieron cuestionarse y resignificarse. La definición de lo femenino se alejó de la determinación sexual de la mujer ...” (p. 450). Elena Caffarena es una de las importantes mujeres de este período que luchó especialmente por lograr el voto femenino; para ello “(...) trabajó codo a codo con Amanda Labarca, emprendió proyectos con Elvira Santa Cruz, compartió con Inés Echeverría, mantuvo contacto con Gabriela Mistral y admiró a Ernestina Pérez. Fue, así, parte esencial de las iniciativas de asociaciones femenina que encaminaron los logros políticos y civiles de las chilenas en la última centuria” (p. 497). Empero, Gabriela Mistral -Lucila Godoy Alcayaga- es la mujer más conocida a nivel mundial por su Premio Nobel de Literatura en 1945; fue una mujer humilde nacida en un pequeño poblado, Montegrande, Valle de Elqui -distante unos 600 kms. al norte de Santiago-, que asistió a una pequeña escuela que dirigía su madrina Adelaida Olivares y luego se autoformó leyendo libros y especialmente la Biblia; de esta manera llegó a ser profesora en una escuela de un barrio popular conocido como La Compañía, de La Serena; también trabajó en la ciudad de Los Andes como docente del Liceo de Niñas y en Punta Arenas y Temuco ejerció como directora, nombrada por el ministro Pedro Aguirre Cerda -presidente de Chile entre 1938 y 1941-, quien la seguía de cerca por sus publicaciones poéticas; trabajó en México realizando una profunda reforma del sistema escolar primario y fue cónsul en Petrópolis, Brasil y recorrió Estados Unidos y Europa; fue una mujer internacional que no aceptó el fascismo; crió a un sobrino Yin Yin, quien desgraciadamente se suicidó dándole un profundo dolor a la Nobel. Sus bienes se los encomendó a los franciscanos en Chile y está enterrada en el mismo poblado en que nació. No quiso participar en los movimientos feministas de su país, pero con su vida demostró lo importante que puede ser una mujer e influir en el ámbito cultural y político a nivel mundial. “Siempre destacó el rol que las mujeres debían ejercer en el fomento de una cultura de paz

y una pedagogía de amor, vinculadas a su naturaleza maternal. Veía con preocupación y tristeza la miseria humana y la violencia, militar y política, frente a la cual una actitud femenina siempre podría hacer un cambio” (p. 536).

La autora finaliza el libro señalando que muchas mujeres han quedado pendientes de ser mencionadas y reconocidas porque su acción desde que existe el Reino de Chile ha ayudado a construir el país que hoy existe. “A fin de cuentas, no existe una sola historia de la mujer, sino historias de mujeres que han sido parte de cada proceso, hecho y acción que han construido nuestro pasado” (p. 541).

Existe una extensa bibliografía de 28 páginas que revelan la acuciosidad del trabajo realizado por María Gabriela Huidobro-Salazar, quien se presenta más bien como defensora de la femineidad que como una acérrima feminista. Cuando se asumen posiciones extremas se pierde la objetividad para hacer, en este caso, una historia de las mujeres en Chile. Por todo lo cual, esta obra merece ser conocida por todos quienes valoran el rol de la mujer en el país. En los últimos años ha habido una presidente del país, Michelle Bachelet, existen miembros del poder legislativo (senadoras y diputadas), del poder judicial (ministras de la Corte Suprema, Cortes de Apelaciones y Juezas a lo largo del país) y de las principales agrupaciones gremiales, y empresariales con mujeres, lo cual ha sido posible por las luchas de cientos de mujeres del pasado que le han dado el rol que pueden tener en la sociedad en igualdad con los hombres; más aún, hoy existen más mujeres en las escuelas, liceos y educación superior en el país que a lo largo del siglo XIX estaba reservado solo para hombres.